

obra de una pobre criada, incidente que nos hará detener algún tanto en su narración. Tours, con su sepulcro de San Martín, era uno de los mayores centros del catolicismo en Francia, y una de las cuatro principales peregrinaciones del mundo. Se habían edificado tantas iglesias, colegiatas, capítulos, abadías y conventos al lado ó cerca de la cripta de San Martín, que parecía imposible pudieran establecerse otros nuevos. He aquí cómo una humilde joven, cuyo nombre ignoramos, logró establecer el de la Visitación. Se había confesado en 1619 con San Francisco de Sales, cuando este pasó por Tours en la comitiva de la Princesa real Cristina de Francia, hermana de Luis XIII, y le había confiado sus grandes deseos de ser religiosa. «Si, hija mía—le había contestado el santo Obispo,—seréis religiosa, pero no tan pronto. Confíad en que Dios manifestará un día los designios que tiene sobre vuestra alma.» Más de diez años después, confesándose con un religioso: «Hija mía—le dijo éste,—ya es tiempo de acordaros de lo que os dijo el bienaventurado San Francisco de Sales.» Y habiéndola dispuesto con algunas palabras fervorosas á entregarse á Dios, la envió á recibir la Sagrada Comunión, encargándola volviese en cuanto concluyera la Misa, á decirle lo que Nuestro Señor le hubiese inspirado.

Volvió, en efecto, al levantarse de la mesa Eucarística, y quedó convenido que aquella humilde joven procuraría con todas sus fuerzas fundar un convento de la Visitación en Tours. Pero surgieron luego tantos obstáculos, que no viendo posibilidad de vencerlos, y abrumada de disgustos, fué á rogar á su confesor que le facilitase entrar en un convento ya fundado. «Os doy toda la noche para reflexionar sobre ello—dijo el confesor con un aspecto triste—y si absolutamente lo queréis así, mañana mismo iré y hablaré por vos.» La noche fué larga y desvelada. Al amanecer, la pobre sirvienta llamaba á las puertas del convento. «Ya pensaba yo—

le dijo el buen Padre—que hoy madrugariamos mucho. Vamos, hija de poca fe, Dios os ayudará.» Desde entonces resolvió trabajar y no desalentarse por ningún obstáculo, cualquiera que fuese. Había en Tours un hombre muy rico y muy influyente, el cual era uno de los principales miembros del Ayuntamiento de la ciudad, y llena de valor fué á visitarle, diciéndole respetuosamente y sin más cumplidos: «Señor, vengo aquí para haceros ganar el cielo.» El buen magistrado le respondió alegremente que sería la ganancia mayor que podría hacer en toda su vida, y que le agradecería mucho le proporcionase los medios para conseguirla. Animada con esta benévola acogida, le confió su proyecto de fundar un convento de la Visitación en Tours. A esta declaración, el buen Sr. de Boutos cambió de aspecto, y le dijo que la ciudad estaba tan llena de casas religiosas, que no se podía pensar en semejante cosa. Pero insistió tanto y con tanta habilidad, que al fin le prometió ocuparse y reflexionar sobre el asunto. De la misma manera visitó esta animosa joven á los veinticuatro regidores, al Arzobispo, al lugarteniente general, en lo cual no se sabe qué admirar más, si á la humilde sirvienta que saca de su fe el valor necesario para hablar é instar á tan altos personajes, ó la benignidad de aquellos magistrados cristianos que la reciben con tanto decoro á pesar de lo humilde de su posición, se dignan discutir con ella el proyecto que les indica, se dejan vencer de sus razones, y, en fin, concurren con todas sus fuerzas á realizar una obra que todos habían creído imposible. La tarde del día en que llegaron las Hermanas, procedentes del monasterio de Orleans, esta buena joven se echó á sus pies, pidiéndoles humildemente el velo de las esposas de Jesucristo, cuya gracia tenía por cierto bien merecida (1).

(1) *Fundación inédita de Tours*, pág. 464.

El Poitou, situado al otro lado del Loire, enfrente de la Bretaña y de Anjou, se conmueve á su vez. Comarca llena de protestantes y de ruinas, en donde habían sido quemadas las iglesias, saqueados los monasterios, quebradas las rejas, arrojadas y ridiculizadas las religiosas, la Visitación no se hubiera establecido en el Poitou si no hubiese tenido la dicha de ser una segunda patria para la Madre de Chantal. En efecto, en Poitiers había pasado su juventud, y allí había vivido su hermana Margarita, su cuñado el señor de Neufchezes, y sus dos sobrinos. Por medio de uno de éstos se hizo la fundación. El Obispo de Chalons se entendió con una hermana del Obispo de Poitiers, la señorita Chateigner de la Roche-Posay, que, convertida hacía poco del protestantismo á la verdadera Iglesia, quería expiar con una fundación religiosa sus largos años de extravío, y habiéndolo pedido su familia, la santa Madre de Chantal envió á Poitiers una pequeña colonia de religiosas, que salió de Bourges, llevando á su cabeza á la Madre de Lage. El Abate de San Cyran predicó en la ceremonia, lo que prueba que en 1634 aún no era tenido por hereje; pero prueba también los peligros que semejantes relaciones y de parte de un hombre tan inquieto y astuto, hubiera corrido la Visitación naciente, sin el tierno afecto que las Hermanas todas profesaban á la fe de la Iglesia romana (1).

Pero si la Visitación pudo establecerse en Poitiers en

(1) Beraul-Bercastel acusa á la Madre de Lage de haber adoptado los errores del Abate de San Cyran, y esto es un error, contra el cual protestan todos los monumentos contemporáneos. Por todas partes se la considera como una santa; su nombre es venerado en el monasterio de Poitiers, en el que fué reelegida hasta seis veces, es decir, tan á menudo como lo permite la regla, lo cual sería inexplicable si hubiera caído en el jansenismo, pues que Beraul-Bercastel reconoce *que no pudo ganar para su partido á ninguna religiosa de su comunidad, que permaneció siempre fiel á la enseñanza del santo Fundador*. Este punto ha quedado tan perfectamente aclarado en 1853 por la Madre María Chantal Delapierre, Superiora de Poitiers, que es inútil insistir más en ello.

aquella época, no pasó de esta ciudad. Ni la Saintonge, ni el Angoumois, ni el Limousin, Gascuña, ni Guienna se abren para ella: han de pasar todavía cinco ó seis años antes de que el nuevo Instituto pueda penetrar y hacerse conocer en estos pueblos. Volvamos hacia los países que la han visto nacer, y después de atravesar rápidamente el centro de Francia, en donde se desarrolla con vigor, preparémonos para volver á bajar por las bellas riberas del Ródano y del Saona las pendientes francesas de los Alpes, en donde la veremos multiplicarse sin obstáculos en medio del entusiasmo más ardiente.

Ya hemos dicho cómo se hacían las fundaciones. Cada monasterio era una colmena. Cuando el número de religiosas era mayor de treinta y tres (el determinado por la regla) en una casa, salía de ella una pequeña colonia, que iba ordinariamente á poca distancia, á una ciudad vecina, y fundaba otra casa distinta de la primera, la cual á su vez enviaba enjambres á otra parte. De este modo fué poco á poco poblándose de monasterios de la Visitación el centro de Francia. Los de París, Bourges y Moulins, fundados desde el principio, irradian á su alrededor. A la fecha á que nos referimos hay conventos de la Visitación salidos de éstos, en las principales ciudades del centro de Francia; no solamente en Orleans, Nevers, Montferrand, Riom y Blois, cuyas fundaciones hemos contado, sino en Montargis, Meaux, Mamers, en Mans y en Melun. Auvernia, por su parte, cuenta ya cuatro: Montferrand, Riom, Saint-Fleur y Puy. El Delfinado, más rico aún, tiene siete: Grenoble, Valencia, Embrun, Cremieux, Crest, Condrieu y Romans. Lyon tiene tres monasterios dentro de sus murallas, y envía enjambres á sus alrededores, á Saint-Etienne, Villefranche, y también á Avignon.

El el Languedoc, y sobre todo en la Provenza, es aún más rápida la propagación; en ella no hay ciudad, por pequeña y pobre que sea, que no aspire al honor y

felicidad de tener un monasterio de la Visitación. En esta provincia, lo mismo que en Borgoña, se ve nacer un monasterio cada año: Marsella, en 1623; Aix, en 1624; Arlés, en 1629; Digne, en 1630; Montpellier, Sisterón, Apr y Folcarquier, en 1631; Draguignan, en 1632; Pont-Saint-Esprit, en 1633; Toulon y Grasse, en 1634.

Y lo más consolador no es esta rápida propagación, sino el entusiasmo que prepara, acoge y hace prosperar todas estas fundaciones. Ya hemos visto algo de esto. Cuando las Hermanas llegaron á Aix fué tal el gentío que invadió la casa, los patios y las calles inmediatas, que durante tres días fué imposible penetrar dentro del monasterio, de suerte que las Hermanas hubieran pasado hambre si la fundadora no hubiese ideado el introducir los víveres por encima de los tejados (1).

En Grasse se cerraron todas las tiendas el día que llegaron las Hermanas, y un gentío inmenso, vestido de fiesta, fué á recibirlas. En cuanto asomaron las Hermanas, un inmenso y unánime clamor subió hasta el cielo: «Mirad, mirad! ¡Aquí están las Hijas del bienaventurado Francisco de Sales!»

En Montpellier fué tanto el gentío que quiso ir á recibirlas y acompañarlas á su habitación, que las Hermanas se vieron mil veces en peligro de separarse y extraviarse, y hubo necesidad de poner guardia alrededor de la casa. Al otro día fueron á visitarlas todas las autoridades, y la Superiora, que era la Madre Luisa Dorothea de Marigny, parienta de San Francisco de Sales, y la que nos ha dejado dos *Memorias* inéditas sobre los principios de la Visitación, tuvo que responder á nueve ó diez arengas, de las cuales cuatro fueron solemnes. La primera de los señores concejales del Ayuntamiento de la ciudad, los cuales llevaban el sombrero encarnado, honor insigne que no conceden más que á los Prin-

(1) Véase más arriba, pág. 156.

cipes y Princesas. El Sr. de Bussuges, que era aquel año el primero entre todos, tomó la palabra, y con expresiones de la más viva alegría llenó á las Hermanas de alabanzas, manifestándolas su agradecimiento, y ofreciendo servirles en todo cuanto necesitasen. Vinieron después en nombre de todo el clero los señores canónigos de la catedral de San Pedro, y en su hermosa arenga aseguraron que la llegada de las religiosas era una de las mayores gracias que Dios había hecho hacia largo tiempo á la ciudad y á la provincia, y al retirarse regalaron á las Hermanas una custodia y un viril de plata. Después de éstos se presentaron sucesivamente el Teniente de Senescal, juez del distrito, los señores de la nobleza, los Gobernadores de la plaza y de la ciudadela y los superiores de las Ordenes religiosas, dándolas mil bienvenidas y ofreciéndose á su servicio.

Al salir del monasterio iban todos al palacio episcopal á dar las gracias á Monseñor Pedro Fenouillet, Obispo de Montpellier, antiguo é íntimo amigo de San Francisco de Sales, oriundo como él de la Saboya, y uno de los que más contribuyeron en esta época á ennoblecer el lenguaje del púlpito y preparar el advenimiento de la gran elocuencia cristiana. Este buen Prelado lloraba de alegría al ver tanta unanimidad. «Yo he traído—decía á las religiosas—á los jesuitas y á los capuchinos á esta ciudad; he predicado en ella dos cuaresmas enteras, y he hecho otras muchas cosas sin que el Ayuntamiento me haya dado nunca las gracias, y desde vuestra venida tengo mucho que hacer con escuchar las felicitaciones que recibo por haberos llamado.»

El pueblo no mostraba menos entusiasmo. Además de la ovación que había hecho á las Hermanas el día de su llegada, iban muchos alrededor del convento, y como nunca habían visto religiosas, porque no había ninguna en esta ciudad desde las primeras guerras de

religión, en las cuales las habían maltratado y echado, no podían cansarse de ver y admirar á estas buenas Hermanas prisioneras dentro de sus rejas, y sin embargo, tan alegres y contentas. Cada día se veía llegar de las montañas próximas y de los pueblos más lejanos una multitud de aldeanos y aldeanas, que se ponían de rodillas, besaban las rejas, miraban con admiración cómo se movía el torno, y no querían marcharse sin haber visto á alguno de los ángeles de la casa, como llamaban á las religiosas (1).

En casi todas las fundaciones hechas en el Mediodía ocurrieron escenas semejantes. Un gentío inmenso que salía á recibir á las Hermanas, cumplimientos sin fin, arengas solemnes, grandes cantidades de víveres, comidas compuestas y arregladas enviadas por los grandes, regalos de todas clases, en términos que muchas veces no se sabía qué hacer con ellos, y después disminuir el entusiasmo, desaparecer la gente, porque el mundo, mudable siempre, quiere otras impresiones y empezar las religiosas á gozar los encantos de la soledad y muchas veces el aguijón doloroso de la pobreza.

Mientras tanto, la Madre de Chantal, que gobernaba hacía tres años el monasterio de Annecy, habiendo sido elegida el 31 de Mayo de 1629, tocaba al término en que, según la regla, debía dejar su cargo. El 22 de Mayo de 1632, estando las Hermanas reunidas en el coro, se puso la Santa de rodillas en medio de todas, dijo su culpa de las faltas cometidas en su cargo, y después de renunciar la superioridad, se retiró humildemente al último lugar, en donde se mantuvo cuatro días con un abatimiento y abnegación de sí misma, que llenaba de admiración á todas las Hermanas. Tenía entonces sesenta años, y creyéndose al fin de su vida, suplicaba á las Hermanas, sus Hijas, no le diesen ya

(1) *Fundación inédita de Montpellier*, pág. 401.

ningún oficio, á fin de poder prepararse para la muerte. Pero á pesar de sus ruegos fué reelegida el día 27 de Mayo. «Mirad, Hija mía—decía á una religiosa,—todos mis sentidos y cuanto hay en mí repugnan este empleo que acepto solamente por ser esta la voluntad de Dios; porque ¡ay! Hija mía, estoy al fin de mi vida y necesito pensar en mí.» En cuanto fué reelegida se dedicó con nuevo ardor á dirigir y vigilar la grande obra del momento, las fundaciones que surgían por todas partes, que se multiplicaban en toda la Francia con una fecundidad que admira, aun cuando se conozca el carácter religioso del siglo XVII, el cual llegó á su apogeo hacia el año 1630.

Este desarrollo tan rápido y tan vasto inquietaba á la Madre de Chantal, y jamás hablaba de esto sin suspirar. «¡Dios mío!—decía un día en 1633—cincuenta y nueve monasterios. ¡Qué pena me da esta multitud de casas que no se pueden sostener, ni en lo espiritual ni en lo temporal!» Y algunos años después: «¡Ay! el Instituto se extiende mucho; el número de nuestras casas pasa de ochenta.» Así es que deseaba detener este movimiento. Escribía por todas partes á las Superiores que no se apresurasen tanto, que esperasen para hacer fundaciones nuevas á que se formasen bien las Hermanas jóvenes. «Porque—decía con su admirable buen juicio y su larga experiencia—¡es tan difícil tener mucha solidez con pocos años de religión y mucha juventud!» Repetía á todos esta hermosa sentencia, que es la regla verdadera de la propagación de las Ordenes religiosas: «¡Dios mío! tengo mucho más deseo de que crezcamos por la raíz, que por las ramas.» Pero hablaba en vano; no era escuchada, y no podía serlo. El fruto estaba maduro, y por sí mismo se desprendía del árbol.

Había llegado aquella hora de inexplicable alegría y de inefable angustia, á la cual aludía Nuestro Señor, cuando decía: «Levantad los ojos y mirad. En los valles

amarillea ya la cosecha, y durante ella no hay que hacer otra cosa sino dirigirse á Dios y decirle: «Señor, enviadnos operarios.» En efecto, ya no eran solamente las provincias, las ciudades y aun las aldeas de Francia las que pedían monasterios de la Visitación, sino Suiza, Alemania, hasta Polonia por una parte, y por la otra el Piamonte, Italia, la misma Sicilia, y al otro lado de los mares el Canadá francés, pues habiendo oído sus habitantes las maravillas que se contaban, clamaban fervorosamente pidiendo que se les enviasen algunas ramas de un árbol que producía tan dulces frutos.

Obligada á ceder á instancias que eran más fuertes cada día, la venerable Madre de Chantal escogió á la más pequeña y humilde de las ciudades que solicitaban la fundación de una casa del Instituto, y desatendiendo las peticiones que le hacían de Turín, Pignerol, Génova y de la misma Roma, encargó á la Madre Gaspar Favier, que con algunas profesas de Chambery fuese á fundar un monasterio en el valle de Aosta.

Es cosa en extremo grata el leer la relación de cómo tuvo principio este pobre monasterio, el primero que se estableció en las vertientes italianas de los Alpes, en donde iban á nacer muy poco después otros tan hermosos y florecientes. Una antigua posada abandonada y comprada por esta razón á un precio muy bajo, había sido apresuradamente blanqueada y acomodada para servir de monasterio. La cuadra fué convertida en capilla; pero aunque se procuró adornarla lo mejor que se pudo, conservaba, sin embargo, un aspecto tan miserable, que el Sr. Obispo de Aosta no quiso se guardase allí la sagrada Eucaristía. Por la pobreza de la capilla puede juzgarse cuál sería la del monasterio. Muchas veces no tenían las Hermanas ni aun pan para comer. La Superiora, á quien las antiguas *Memorias* llaman grande y valerosa mujer, exhortaba entonces á

sus Hijas á que se aprovecharan con ardor de esta escasez, para imitar á Jesús en su pobreza. Una buena alma, queriendo socorrerlas en su miseria, les regaló seis ovejas, lo que les dió mucho gusto, aunque no sabían dónde ponerlas, porque la casa era muy pequeña. Todo el día estos mansos animales seguían á las religiosas por todas partes, lo mismo al coro que al locutorio; no pudiendo impedirlo porque no había puertas en ninguna sala, y si sólo unas pequeñas cortinas ó tapices. Así—dicen las antiguas *Memorias*—á cada instante se veían obligadas á ser pastoras estas buenas religiosas; pero esta molestia estaba compensada con los buenos pensamientos que las ovejitas les inspiraban, ya haciéndoles recordar al buen Pastor que murió por sus ovejas, ya trayéndoles á la memoria al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo (1).

Respecto á lo espiritual, la necesidad era aún mayor. No tenían confesor, y si bien los Capuchinos y Jesuitas les hacían la caridad de confesarlas de vez en cuando, estos cambios de dirección les eran molestísimos, y perjudicaban á los progresos de sus almas. En este apuro resolvieron acudir á la Santísima Virgen, y durante un año entero rezaron todos los días en el coro un *Ave, maris stella*, para alcanzar la gracia de encontrar un santo sacerdote que quisiera encargarse del cuidado de sus almas. Fueron escuchadas, y sucedió del modo siguiente: un día de invierno, el Illmo. Sr. Obispo de Aosta vió pasar por la calle á dos jóvenes, cuya modestia llamó su atención; y habiéndoles mandado á decir tuviesen la bondad de ir á su casa, les preguntó quiénes eran y adónde iban. Supo que eran franceses, naturales de Macón, en Borgoña; que habían concluido sus estudios de teología, y que, con una curiosidad que no es de extrañar en los jóvenes, deseaban ir á Roma, á

(1) *Fundación inédita del valle de Aosta*, pág. 450.

Loreto, y visitar Italia. El buen Prelado les hizo notar que entonces era lo más riguroso del invierno; que un poco más adelante estaría el tiempo más á propósito para contemplar las bellezas de la naturaleza, y les instó para que se quedasen en Aosta, ofreciéndoles, si aceptaban, dos plazas de profesores de un colegio, lo cual admitieron con reconocimiento.

El principal de estos dos viajeros se llamaba el señor de Besanzón, estaba tonsurado, y era muy amante de la Santísima Virgen. Habiendo sabido que había en Aosta un monasterio que se llamaba de Santa María, tomó por costumbre el ir á la iglesia de las Hermanas á rezar sus devociones, y se ofreció para ayudar todas las mañanas la Misa de Comunidad. De este modo pudieron las Hermanas notar su mucha modestia.

Algún tiempo después, habiendo entrado en el locutorio, donde habló de cosas piadosas con algunas Hermanas, tuvieron motivo para admirar su doctrina, tanto y más que su modestia, de suerte que las religiosas decían que si fuese sacerdote creerían que era el confesor que les enviaba la Santísima Virgen. En estas circunstancias, el Ilmo. Sr. Obispo de Aosta, que le quería extraordinariamente, le confirió las órdenes, y estando vacante la canongía lectoral de su iglesia, le nombró para que la desempeñase. Esta elevación repentina excitó una tempestad. El nuevo lectoral era joven y extranjero, había recibido la borla de doctor, y esto era mucho más que lo que se necesitaba para excitar una sublevación general. No tuvo otro remedio que marchar apresuradamente á Turín á tomar el grado de doctor. Cuando iba á entrar en examen se sintió el joven sacerdote sumamente conmovido, y como hacía largo tiempo que no había estudiado en sus libros de teología, le pareció que no podría responder al más sencillo argumento. Acudió entonces á la Santísima Virgen, haciendo voto de ayunar los sábados durante toda su vida en honor

suyo. En el mismo instante entró en el salón, en donde estaban esperándole los jueces examinadores, y de repente sintió su espíritu tan lleno de inteligencia, claridad, fecundidad y prontitud para responder, que le dieron el grado con los mayores aplausos. Tranquilo ya y en posesión de su dignidad, se consagró con voto público al servicio de la Santísima Virgen en la persona de sus humildes Hijas las religiosas de Santa María, y éstas, al recibirle como confesor, olvidaron todas las penas é inquietudes consiguientes á su pobreza (1).

Este fué el primer paso que dió la Visitación hacia Italia, que tan ardientemente la deseaba. El que dió casi en la misma época hacia Suiza, desde donde iba á lanzarse muy pronto á las ciudades ricas y populosas de Alemania, tuvo un carácter muy diferente. Había entrado en el monasterio de Besanzón una joven de dieciocho años, muy rica y de una de las más nobles familias de Francia. Llamábase la señorita de Vienne de Beaufremont. Solicitada su mano por una multitud de pretendientes, entre los cuales se contaba su primo hermano el Marqués de Coligny, á quien había dado palabra de casamiento, de repente, y cuando se había ya pedido á la Santa Sede la dispensa del parentesco y se estaban haciendo los preparativos para la boda, se decidió á tomar el velo de religiosa. Una vocación tan repentina excitó entre sus parientes tanta sorpresa como enojo. Algunos, aunque muy pocos, aplaudieron la resolución de la joyen. Pero el mayor número, creyendo, aunque sin fundamento, que la causa de esta resolución era quizá el que no la dejaban en completa libertad para obrar, acusaban á su madrastra de haber influido por egoísmo en el ánimo de su hija política, y daban rienda suelta á su cólera. Las cosas llegaron al extremo, de que para venir á Besanzón tuvo necesidad

(1) *Fundación inédita del valle de Aosta*, pág. 446.